

reciban la bendición nupcial y el velo, que no se dan en las segundas nupcias. Al salir del lugar santo llevan en la cabeza unas coronas ó guirnalda que se observan en la iglesia; pero la única cosa esencial que hay en estas ceremonias es el consentimiento dado segun las leyes.

Preguntáis, añade, si se puede establecer ahí un patriarca: sobre esto no podemos decidir hasta que nos digan nuestros legados cuál sea el número de fieles que hay en vuestros dominios. Ahora os daremos un obispo, á quien conferiremos los privilegios de arzobispo cuando se haya aumentado el pueblo cristiano, y entonces él establecerá obispos que recurrirán á él en los negocios de importancia. Mas antes de hacer estas consagraciones, será necesario que reciba el pálio de la Santa Sede, como lo hacen todos los arzobispos de las Galias, de la Germania y de las demas regiones. Las iglesias verdaderamente patriarcales son las que fueron fundadas con esta preeminencia por los Apóstoles, esto es: las iglesias de Roma, de Alejandria (que es la primera despues de Roma) y de Antioquia. Jerusalem y Constantinopla tienen tambien este nombre, pero no tienen la misma autoridad. La iglesia de Constantinopla no fué instituida siquiera por ningun Apóstol, ni hizo mencion de ella el Concilio de Nicea. Pero como Constantinopla ha sido llamada la nueva Roma, se ha dado á su obispo el título de patriarca, mas bien por el favor de los principes que por ninguna razon sólida. El obispo de Jerusalem, á quien honró mas el Concilio de Nicea, segun la costumbre antigua, es llamado solamente obispo-patriarca por este augusto Concilio, el cual reserva todos los derechos de metrópoli á la Silla de Cesarea. En cuanto á los griegos, armenios y otros estrangeros que han concurrido ahí de diferentes paises, y segun nos decís, hablan con alguna variedad acerca de muchos articulos de la Religion, son tales las disposiciones de nuestra caridad sin limites, que con tal que se os enseñe la verdad, nos es indiferente la persona de quien podais recibirla. No obstante, sabed que la fé de la Iglesia Romana ha sido siempre irrepreensible é inmaculada. Para

que lleguéis á adquirir un concolimiento exacto de ella, os enviaremos desde ahora nuestros legados y nuestras instrucciones. Los obispos que os enviaremos despues os llevarán las reglas de la penitencia, que no deben andar en manos de los legos, como tampoco el libro de los Sacramentos. Nunca dejaremos de cuidar de vosotros con todo el esmero que se emplea en cultivar las plantas mas preciosas.

Los búlgaros habian consultado tambien al Papa sobre muchas cosas puramente temporales, y aun sobre algunas bagatelas y ridiculeces que manifiestan muy bien la sencillez de aquel pueblo; por ejemplo: si el rey podia comer solo, y si sus mugeres podian gastar calzoncillos. El Pontífice los remite á las leyes romanas en las cosas que merecen alguna atencion; y los exhorta á que usen de la cruz en lugar de la cola de caballo que llevaban por insignia militar, como lo hacen todavia los turcos; y quiere que en los tratados y convenios, cuya fiel observancia recomienda, juren sobre los Evangelios y no sobre la espada, como lo habian hecho hasta entonces. Nicolao al mandar, por ejemplo, perdonar á los soldados negligentes, que no estén armados ó montados segun las reglas de la milicia, y aun á varias personas que habian cometido delitos capitales; al prohibir igualmente el uso del tormento, etc., se proponia suavizar las costumbres feroces de aquellos bárbaros, con la práctica y los sentimientos de la caridad cristiana.

Tal es en sustancia la estensa respuesta del Papa Nicolao á los búlgaros, que comprende, del mismo modo que su consulta, ciento y seis articulos que hemos estractado con la brevedad y concision que nos ha sido posible. Los lectores que saben apreciar todo lo que tiene relacion con las costumbres y con la disciplina, llevarian á mal que á lo menos no hubiésemos indicado unos vestigios tan preciosos.

El Papa, que no perdía de vista el estado de la iglesia de Constantinopla, se aprovechó de la buena disposicion de los búlgaros para enviar por su pais nuevos legados al emperador Miguel, y dispuso que fuesen en compañía de los del rey, que los recibió á todos con la mayor distincion. Los que debian quedarse en Bulgaria, esto es, Pablo y Formoso, predicaron al instante el Evangelio con un fruto prodigioso. Pero Donato, Leon y Marino, que eran los que habian de pasar á Constantinopla, y se li-songeaban de hacer su viage con toda seguridad por este nuevo camino, vieron frustradas sus esperanzas, pues fueron detenidos por un oficial que guardaba la frontera del imperio. «El emperador no os necesita para nada,» les dijo con desprecio, y sacudiendo en la cabeza á sus caballos, los alejó de sí brutalmente. Cuando esta nueva llegó á oídos del emperador dijo á los embajadores que tenia el rey de los búlgaros en Constantinopla, que si esos legados no hubiesen viajado por Bulgaria, no habrian vuelto á ver mas á Roma. Despues de haberse detenido en este pais hasta cerciorarse de que se les trataba así de orden del emperador, y conociendo á las claras que no adelantarian nada en su comision ni podrian penetrar en el imperio, regresaron á Italia. Los progresos evangélicos que hacian entre los búlgaros los legados Pablo y Formoso consolaron en extremo al Pontífice en medio de la obstinacion del emperador. Envió nuevos operarios para que los ayudasen á recoger la abundante mies á que no podian bastar ellos solos; y con el objeto de dar por último la forma conveniente á aquel pueblo cristiano que se aumentaba de dia en dia, mandó que eligiesen un arzobispo y se le enviasen para consagrarle.

Al mismo tiempo que se debilitaba la fé tan visiblemente entre los griegos, se co-

municó á los cházaros que formaban parte de la numerosa nacion de los esclavones y habitaban en el pais mas oriental de ella, en las inmediaciones de Chersona. Este buen pueblo, que no habia dado oídos á los judíos ni á los sarracenos que trabajaban por atraerle á su religion, pidió al emperador Miguel un hombre virtuoso que le enseñase á servir dignamente al Dios de los cristianos. Esta eleccion dirigida por el patriarca, que probablemente era San Ignacio antes de su persecucion, recayó en un eclesiástico santo é instruido, natural de Tesalónica, llamado Constantino (1), y apellidado el *Filósofo*, á causa de su instruccion y conocimiento en las ciencias, comprendidas todas por los griegos bajo el nombre general de filosofia. Al llegar el misionero á Chersona, se detuvo allí algun tiempo para aprender la lengua de los esclavones. Tradujo á este idioma los libros sagrados; y como aquellos pueblos carecian aun del uso de las letras, las recibieron de él, siendo las mismas de que se sirven ahora los que hablan la lengua esclavona. Instruyó con perfeccion á este pueblo, desengañó á todos aquellos á quienes habian sorprendido los judíos ó los sarracenos, y regresó á Constantinopla á dar razon de sus tareas y de las necesidades de los nuevos fieles. Al marcharse quisieron mostrarle su agradecimiento haciéndole grandes regalos; pero él no admitió ninguno, contentándose con pedir la libertad de los cautivos.

Cuando estaba ya en Constantinopla, supo Bartilas, principe de los moravos, lo que habia hecho en el pais de los cházaros, y pidió al emperador Miguel que le proporcionase los medios de instruir á su pueblo, que estaba convencido de la vanidad de la idolatria y deseaba abrazar la Religion.

(1) Bolland. die 9 Mart. t. 7, p. 19.



cristiana. Fué enviado Constantino acompañado de su hermano Metodio; y al saberlo los moravos, recibieron una alegría extraordinaria, y mas particularmente porque los predicadores llevaban consigo el Evangelio traducido al esclavon, y algunas reliquias del Papa San Clemente, que habia hallado Constantino mientras residió en Chersona. Corrió el pueblo á recibirlos á toda prisa, tratándolos con el mayor honor y magnificencia que pudo á pesar de su pobreza. Los dos hermanos aprovecharon las buenas disposiciones que mostraba la nacion, enseñaron á los niños las letras que habian inventado, los impusieron en los oficios de la Iglesia, y desengañaron á sus padres de todas las preocupaciones en que estaban imbuidos, permaneciendo entre ellos cuatro años y medio. Pasado este tiempo, y habiéndoles dejado los libros necesarios para el ejercicio de la religion, se rindieron á las instancias del Papa Nicolao que los habia llamado para honrar y animar su celo, y para confirmarlos con la nueva iglesia en los principios de la fé y de la unidad católica, y se llevaron consigo algunos discípulos á quienes reputaron dignos del obispado.

Nicolao no podia echar en olvido las desgracias de la iglesia de Constantinopla, ni desentenderse de la compasion que le inspiraban. Todas las violencias del emperador no podian extinguir la caridad del Pontífice; pero tampoco debilitaban la firmeza de su ánimo. Escribióle este príncipe de un modo mas injurioso que nunca, amenazándole con que iria á arrojarle de Roma y á arruinar la Iglesia de San Pedro. «¡Cuán diferentes son vuestras espresiones (le respondió el Papa) del modo con que los mas poderosos emperadores hablaban en otro tiempo á los romanos Pontífices! ¿Juzgais aterrarnos á fuerza de amenazas ó de injurias? Pero confiamos en la proteccion del

Omnipotente: mientras vivamos, llenaremos nuestros deberes, y si no dais oidos á nuestros consejos, os miraremos como manda el Evangelio que miremos á los que no oyen á la Iglesia. Nuestra potestad nos ha sido dada por el mismo Jesucristo, y no la han instituido los Concilios, sino que la han honrado y conservado. Son perpétuos sus privilegios; se podrá combatirlos, pero abolirlos, nunca. Principiaron antes que vuestro reinado, subsistirán despues de vuestros dias, y permanecerán mientras dure el nombre cristiano. San Pedro y San Pablo no fueron traídos aqui despues de la muerte por la autoridad de los príncipes, como se ha hecho entre vosotros, donde se han quitado á otras iglesias sus protectores para enriquecer con sus despojos á Constantinopla. San Pedro y San Pablo predicaron en Roma el Evangelio, y en ella le sellaron con su sangre. Ellos adquirieron la iglesia de Alejandria por San Marcos, uno de sus discípulos, como San Pedro por su presencia habia adquirido ya la iglesia de Antioquia. Y por estas tres principales iglesias gobernaron San Pedro y San Pablo todas las demas iglesias.» Despues dice el Papa al emperador Miguel enviase á Roma á Ignacio y Focio, añadiendo que si no podian ir en persona, pusieran por escrito sus razones y enviasen diputados que las llevaran y sostuvieran. Le ruega que le envíe las cartas originales que los legados Rodoaldo y Zacarias habian llevado al emperador, á fin de asegurarse por sí mismo de que no habian sido alteradas. «Por último, le dice, no emprendais nada sobre los derechos de la Iglesia, asi como la Iglesia nada emprende sobre los derechos del imperio. ¿Dónde habeis visto que los emperadores asistiesen á los Concilios, á no ser á aquellos en que se trataba de la fé que es comun á todos los cristianos? Y aun no os habeis contentado con haberos hallado en esa asamblea que

iba á juzgar á un obispo, sino que habeis hecho entrar miles de seglares para que alli fuesen testigos de su oprobio. Pero ¿por ventura el número puede suplir á la piedad y á la justicia? Antes de Jesucristo habia reyes que eran tambien sacerdotes, como Melquisedec, y esto es lo que el demonio ha imitado en la persona de los emperadores paganos que eran soberanos pontífices. Mas despues de la venida del que es verdaderamente Rey y Pontífice, ni el emperador se ha atribuido los derechos del Pontífice, ni el Pontífice los del emperador. Jesucristo distinguió las dos potestades, de manera que los emperadores necesitasen de los Pontífices para la vida eterna, y los Pontífices se sirviesen de los emperadores para los negocios temporales» (865).

En otra carta, escrita en el año 866, se queja al emperador Miguel de que se hubiera falsificado la que habia enviado por Rodoaldo y Zacarias, y de que no se hubiese leído en la primera sesion del Concilio de Constantinopla, segun costumbre. Señala como alterados los pasages relativos á la autoridad de la Santa Sede, la espulsion de Ignacio y la intrusion de Focio, cuya ordenacion hecha por un obispo depuesto es nula; y declara que mirará á Ignacio como obispo legitimo, interin no haya sido juzgado culpable en su tribunal. «Decís que sin nuestro consentimiento, Focio seguirá siendo arzobispo de Constantinopla, y que estará en la comunión de la Iglesia. Pero nosotros creemos todo lo contrario y esperamos que la Iglesia observará los cánones de Nicea, que prohiben recibir á los que han sido excomulgados por sentencias. Pensamos que un miembro separado no subsistirá mucho tiempo, y que al fin los demas seguirán á su cabeza. Por lo demás, la Santa Sede ha hecho lo que ha debido; el efecto depende de Dios. La proteccion de los príncipes no sirve por mucho tiempo á los que

una vez han sido condenados por la Santa Sede; quedan infamados para siempre. Así Simon Mago fué derribado por San Pedro; así el parecer del Papa Victor acerca de la Pascua prevaleció sobre el de los obispos de Asia; Acacio de Constantinopla fué condenado por el Papa Felix; Antimo por Agapito; ¿y de qué les sirvió estar apoyados por los príncipes? Escuchad al fin la voz del deber y de la equidad; juzgaos á vos mismo por vuestro honor, y condenad á las llamas la escandalosa carta que habeis escrito con una pluma empapada en la hiel del aspid; de lo contrario, tened entendido que todo el Occidente la anatematizará en pleno concilio; despues de lo cual nos veremos obligados á fijarla en un madero bajo el cual se encenderá un gran fuego para quemarla á vista de todas las naciones del universo, que están acudiendo sin cesar al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles.

Poco despues de esta carta, que podemos mirar como el último remedio que se ensayaba para un mal casi desesperado, varió del todo el estado de las cosas en Constantinopla. El Emperador concibió sospechas del César Bardas por la excesiva autoridad que le habia dejado tomar, y despues de un sueño terrible que inquietó el espíritu de este César orgulloso y altivo, en tales términos, que no pudo contener las lágrimas al referirle á un amigo suyo, fué muerto de orden y en presencia del emperador su sobrino. Así acabó el fautor del criminal Focio y perseguidor de San Ignacio. Pero Miguel, que solo tenia valor para cometer crímenes, eedió al cabo de algunas semanas la autoridad que acababa de recobrar, asociando al imperio el día 26 de mayo de 866 á Basilio Macedo, ó Macedonio, llamado así por razon del país en que habia nacido.

Cualquiera otro malvado que no fuese Focio, habria quedado atónito y sin saber qué partido tomar, al ver que con la caída



de Bardas le faltaba el principal apoyo de su perversidad. Pero es difícil hallar otro hombre de mas serenidad ni mas fecundo en recursos. Así pues tomó un camino enteramente contrario al que habia seguido hasta entonces; y aunque esta conducta debia repugnar aun á las personas menos delicadas consiguió con ella Focio lo que deseaba del emperador Miguel, cuyo talento era tan escaso como su generosidad. Si en el momento anterior adoraba á Bardas y le rendia mas homenajes que á su débil sobrino, ahora fué el primero en injuriar atrozmente la memoria de su bienhechor, como si hubiese sido este el hombre mas odioso; y ponía sobre las nubes al emperador por haber sabido evitar (así se explicaba) con su prudencia y justa severidad el último atentado de un tirano que se preparaba á cometer un parricidio para apoderarse del mando absoluto (1). Agradó á Miguel esta conducta, siendo así que solo debia escitar su indignacion y desconfianza, y le pareció que ganaba mucho en que se hubiese declarado por él su patriarca, que gozaba la opinion de ser el hombre mas hábil del imperio, y que debiendo conocer á Bardas mejor que otro alguno, justificaba de este modo su proscripción. No se descuidó tampoco el pérfido adulator en granjearse la benevolencia de Basilio, principalmente cuando observó que principiaba á introducirse la discordia entre este emperador y su raro compañero, que no tardó en arrepentirse de la sujecion á que se habia reducido. Cuando estaba solo con Miguel, le compadecía por haber ensalzado á un ingrato y proferia mil injurias contra Basilio; y cuando hablaba privadamente con este nuevo César, se mostraba ocupado exclusivamente en conservar y agrandar en todo á un príncipe tan necesario al imperio,

(1) Nicet. VII. S. Ignat.

que á no ser por él (decía) estaria espuesto á los caprichos del tirano mas arrebatado é insensato.

Basilio, nacido en un pueblo infeliz, de una familia oscura, obtuvo el favor del príncipe por su alta estatura y fuerza extraordinaria; pero habia conservado el buen juicio que muchas veces prevalece sobre la mala fe y sobre todas las intrigas de la corte. Desconfió, pues, de un hombre tan inconstante de quien no podia saberse qué sentir era verdaderamente el suyo. Basilio tenia por otra parte una religion sencilla como sus costumbres, y no podian agrandarle las alteraciones temerarias que hacia Focio en ella; de suerte que todas las sutilezas del sabio cismático no eran bastantes á estorbar que en estas innovaciones desconociese el príncipe el cristianismo de sus padres. No obstante, ocultó sus ideas por no precipitar la catástrofe que se iba preparando; pero la brutalidad de Miguel inutilizó todos sus miramientos.

A fin de humillar á Basilio, cuyo mérito le juzgaba reducido á su exterior imponente, cojió de la mano un día á un remero de la galera imperial, hombre bien formado, alto y agraciado; y conduciéndole al Senado, despues de haberle revestido de todas las insignias imperiales, «me arrepiento», dijo, de haber asociado á Basilio al imperio. Aquí teneis el emperador que merece serle preferido (1).» Llenó de indignacion á todos esta estravagancia; miraron como el colmo de la tiranía un abuso tan indecente del título augusto que daba derecho para mandar á los romanos; y les trajo á la memoria con execracion una multitud de crueldades estravagantes á que se habia abandonado en medio de su embriaguez este tirano disoluto, mandando cortar á unos las

(1) Post. Theoph. I. 1, num. 43, et 44; Constant. in Basil. num. 25.

orejas, á otros las narices, y degollar á varias personas por puro capricho. Hallábanse en esta fermentacion los ánimos, cuando por último mandó Miguel que asesinasen á Basilio mientras cazaba. Pero errado el golpe, mandó Basilio que quitasen la vida al emperador durante su embriaguez, el día 24 de setiembre del año 867. Reinó cerca de veintiseis años, en cuyo tiempo gobernó por espacio de quince meses con su compañero. Su madre, la emperatriz Teodora, tan diferente de su hijo y venerada como santa en la Iglesia griega, murió poco antes en una especie de destierro, donde la tenía el emperador con mucha humillacion y abatimiento, porque no aprobaba sus vicios ni su cisma.

Al otro día de haber sido reconocido Basilio por único emperador, arrojó á Focio de la Silla patriarcal y le obligó á vivir en un monasterio. Envió el día siguiente al comandante en jefe de la escuadra con la galera imperial, para que trajese con toda distincion á Ignacio, á quien restableció en su Silla el día 23 de noviembre con todo el aparato conveniente y en medio de los aplausos de la ciudad. Habia dado el emperador antes orden á Focio para que le remitiese inmediatamente los papeles que habia sacado del palacio patriarcal; y aunque el falsario juró desde luego que no tenía ningunos, los que iban en su compañía y que estaban menos familiarizados con el perjurio, manifestaron una turbacion que fué causa de que se descubriese todo. Entonces se hallaron las actas del supuesto concilio contra Ignacio con la carta sinódica, llena de las mas atroces calumnias contra el Papa. Revelaron este misterio de iniquidad en el senado; y despues en la iglesia, quedando todos atónitos y horrorizados á vista de una impostura que parecia no caber en la esfera del espíritu humano. Así cuentan los autores contemporáneos la es-

pulsion de Focio (1); pues habian ya pasado mas de ciento y cincuenta años cuando el cismático Zonaras erigió en otro Ambrosio al autor del cisma de su nacion, é imaginó que Basilio habia arrojado á este intruso, por haberle alejado públicamente del altar á causa de la muerte que habia hecho dar á su bienhechor.

Restablecido que fué San Ignacio, prohibió el ejercicio de las funciones sagradas, no solo á Focio y á los eclesiásticos ordenados por él, sino tambien á todos los que habian comunicado con este cismático. Propuso despues al emperador que hiciese celebrar un Concilio ecuménico para remediar los últimos escándalos (2). Inmediatamente envió Basilio un embajador á Roma para obtener el consentimiento del Papa y el nombramiento de legados que concurriesen á él. Los envió tambien á Oriente, escribiendo y haciendo regalos de mucho valor á los oficiales sarracenos que dominaban aquellos países, para proporeionar á los tres patriarcas la libertad de asistir al Concilio ó de enviar diputados que hiciesen sus veces. Focio conservó la esperanza de mejorar de suerte, no obstante la desgracia que acababa de experimentar, y que parecia deber desconcertarle todos sus planes. Despues de haber tenido la osadia de romper públicamente con Su Santidad y de excomulgarle dos veces, envió á Roma muy secretamente á Pedro de Sardis, uno de sus mas astutos y osados partidarios. Conociendo que Nicolao era un padre tan indulgente con los hijos sumisos, como inflexible con los soberbios é indóciles, se prometia ganar su confianza con un acto tan auténtico de sumision y probarle despues la irregularidad de la eleccion de Ignacio y la validez de la suya. Así testificó por sí mismo la primacia de la

(1) Nicet. et Constant. in Basil. Cedren.

(2) Syn. VIII. Act. 3. Anast. in Adrian.